

ponente de un teatro con regustos del inmediato pasado, pero todavía actual.

También, como casi todos los veranos, Carlos Ballesteros al frente de su grupo «Cómicos de la legua», que puso en escena «Mejor está que estaba», de Calderón de la Barca.

mos realizables a corto plazo. Estos proyectos se pueden resumir en la idea originaria que nos aglutinó: la creación de un grupo con autonomía económica, o mejor la continuación de este grupo con incorporación de nuevos miembros, con realización de nuevos espectáculos... El tiempo dirá qué ocurre, dirá si el Teatro Estable Cacereño sigue cumpliendo con la misión que él mismo se ha encomendado. Pero no es el tiempo el que marca la continuidad de este tipo de empresas, sino las personas. En primer lugar nosotros mismos y, en segundo, todos aquellos que, de una u otra forma, tengan la obligación de apoyar no sólo a nosotros, sino a mucha más gente que necesita de tal apoyo.

EL DESEO

Somos el «Teatro Estable Cacereño». Queremos hacer cosas. Queremos estar con la gente. Sólo este deseo nos anima. Hacer teatro. Tenemos esperanza, queremos tener esperanza. Queremos que nuestra existencia no sea efímera. Esperamos todo el apoyo y también todas las críticas. Así nos mejoraremos todos. Esto es. Un solo deseo.

L.P.
(Fotos: C. GUARDIOLA)

El grupo de teatro «Tierra Seca» hizo varias representaciones de su nuevo montaje de «El dragón», de Shwartz, cuyo debut tuvo lugar en la localidad cacereña de Miajadas.

El «Teatro Estable Cacereño» inició su campaña patrocinada por la Institución Cultural «El Brocense» con su espectáculo-recital «Romancero Gitano», de Federico García Lorca, recorriendo diversos pueblos de la Alta Extremadura.

CINE

El cine-club placentino realizó su primer certamen cinematográfico para películas de 8 y super-8, que fue ganado por el también placentino Francisco Pi-

L.P.

PRESENTACION DE «HISTORIA DE EXTREMADURA»

El escritor extremeño Víctor Chamorro presentó en Cáceres y Plasencia su «Historia de Extremadura», libro que está despertando gran interés. En su presentación dijo, entre otras cosas: «Yo no soy, oficialmente, historiador, ni sociólogo, ni antropólogo, sino novelista metido en quehaceres de contar la historia de su tierra. No he pretendido realizar una labor de investigación, sino montar un material heterogéneo y disperso, unificándolo, limándole aridesces y haciéndolo asequible al extremeño medio». Tras resaltar la carencia que hasta este momento existía de una obra de este tipo, recalcó que «Esta Historia tiene como protagonista al pueblo», e hizo a continuación un repaso de la situación extremeña pasada y actual, y llegaba a la conclusión de que «El mayor pecado de esta Extremadura no reside en su voracidad para la posesión, sino en la in-

zarro con su película «Sombras nada más».

LIBROS

El novelista extremeño Víctor Chamorro presentó en Cáceres y Plasencia su ambiciosa «Historia de Extremadura».

FOTOGRAFIA

El premio de diapositivas para carteles de feria, convocado por el Ayuntamiento cacereño, fue ganado por Fernando Núñez, profesional del diario «Hoy» y colaborador gráfico de ALCANTARA.

L.P.

frautilización de las tierras poseídas y dedicadas a negocios muy rentables, para pocos, pero de nula repercusión social». Se extendió en este punto y habló de la Extremadura de la miseria y el caciquismo y de la Extremadura de la emigración sujeta, en la mayoría de los casos, a la discriminación por parte de unas gentes que son incapaces de reconocer la fundamental aportación de estos emigrantes extremeños a sus economías. Se refirió a su esperanza de que la obra sirva para un mayor conocimiento de lo extremeño tanto para propios como para extraños. Y, utilizando una frase del extremeño Prudencio, concluyó diciendo que «Extremadura ha llenado la historia y no la tiene. Es momento ya de empeñar a escribirla mediante el ejercicio de la memoria colectiva». Que así sea.

L.P.

- CUENTO -



Don Juan no conocía el mar. En su niñez y juventud, porque sus padres no echaron una cana al mar. Más tarde, libre, solo, encadenado a su vida profesional, el hábito del oficio y su abulia a liberarse, fueron retardando su ilusión de conocerlo.

Allá, en el pueblo de montaña, alegre y vivo como un nido entre ramas, vivía encerrado en la botica, más bien en la rebotica, sin más salidas que al campo circundante y algún que otro viaje a la ciudad reclamado por su profesión o por su sastré.

Pero, eso sí, Don Juan era un profundo, un loco enamorado del mar. Gran lector, su mente se avenía gustosa a los pasajes donde el entorno del protagonista fuera el mar, impetuoso o sereno.

Admirador de Pío Baroja, al que por voluntaria y unilateral decisión había otorgado el Nobel, gozaba ensoñándose con sus relatos marineros, con la descripción de los objetos náuticos, la soberbia belleza del poema en aguafuerte del mar.

Así, en las largas tertulias de la rebotica, con sus amigos de siempre, en un afán truncado de acortar el invierno que venía al pueblo, Don Juan solía exclamar:

—Es tan extraordinario que describe con singular acierto, tanto la vida de bohemia como la cosmopolita.

Y añadía:

—Y el mar, ¡ah, el mar! Nada; como el vaso, ninguno. ¡Cómo conoce el mar!

Los contentulios, entre el carraspeo producido por la trilita de aquel licor casero y el humo, ya denso, de los cigarros, en aquella rebotica clásica, de frascos de porcelana y con olor menta, aún tenían fuerzas para contestarle a voz en grito:

—Pero hombre, Juan, si usted no conoce el mar... Si se va usted a morir sin conocerlo...

A lo que Don Juan, casi para sí, les respondía:

—Ya lo conoceré... Un día de éstos...

Y de seguida, envalentonado, les dirigía un encendido elogio de su mar obsesivo, del espectáculo de su grandiosidad, para terminar diciendo:

—Lo que ocurre es que no ha llegado el momento oportuno. Es algo así como cuando oyes hablar mucho de una persona a la que estás deseando conocer, pero admitid que hay que cuidar de escoger el momento preciso para que te la presenten.

Don Juan presentía que llegaba el preciso momento de viajar en busca de la costa.

Una mañana, muy de temprano, bajó a la botica con un maletín. Encargó a la vieja asistenta que cuidara de la casa y le dejó nota al mancebo explicándole que salía a la ciudad por unos pocos días.

Era una mañana fresca, con olor a verde húmedo, muy sonriente, donde todo cantaba. El pueblo, blanco, un alcor entre los sienas intensos y el azul puro de un cielo limpio.

En el tren, Don Juan leía. Leía cosas de mar, como siempre, con la impaciencia del estudiante que repasa sus lecciones momentos antes al examen.

Pronto vendría la costa, que ya adivinaba por un olor característico de sal en los molinos del aire.

Un viajero llamaba a sus niños para que salieran al pasillo:

—¡Niños! Venid hacia acá; tras esas rocas, esa línea gris oscura: ahí tenéis el mar.

Don Juan seguía leyendo; quizá no leía, quizá sus ojos miraban sin precisar las letras, embobado, nervioso, vacilante.

No, ¿para qué mirar ahora? No era el momento oportuno, tal como lo había soñado, de descubrir el mar.

Al mar no había que mirarlo desde esa distancia, con aquel traqueteo chirriante, entre gentes que se agolpaban a las ventanillas. Al mar había que mirarlo de frente, como a las cosas importantes, como se va al

La Vuelta de la Hoja

Con «La vuelta de la hoja» se inicia una sección poética. A modo de descanso, de espera, de apeadero entre el largo fluir de otras hojas, de regalo en el camino siempre tenso,

aún en la densidad de la poética.

Y ha aparecido, por efecto e hilación cronológica, de obligación moral comenzar por una muestra de tres poetas, que como co-fundadores

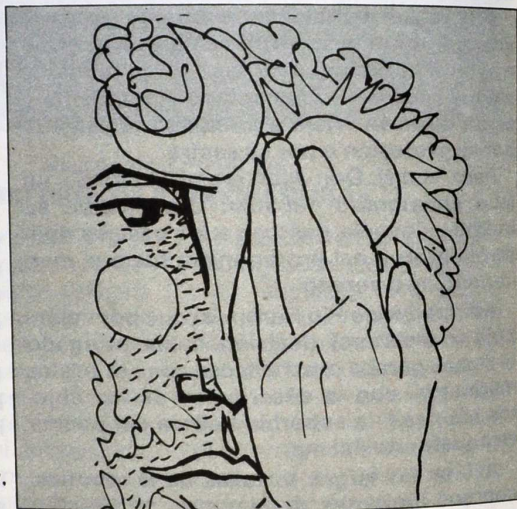
de aquella otra ALCANTARA literaria, donaron con su luz a los lectores —1946— sus volátiles versos.

Es una forma de colocar un puente para unir ambas orillas.

Pura Esencia

Todas las noches me muero.
Todas las mañanas nazco.
Me retoño cada día
nuevo ser, de ser dejando.
De esta agonía de muerte
en la vida que trabajo,
de esta agonía de vida
en la muerte que me labro,
de esta sangrante agonía
—vida y muerte en un abrazo—,
extraigo la pura esencia
de mi amor eternizado.

FERNANDO BRAVO.—Garrovillas.
Con una obra poética ingente publicada,
sin coleccionar.



altar, como se cita al toro o se dice ven o adiós.

¡Qué gente!

Estaba amaneciendo. Se había vestido parsimoniosamente, cuidando los detalles.

Fuera del hotel, cercano al mar, oía a sardinas asadas.

Cruzó lentamente la ancha avenida, y tras el inmenso bloque en construcción, de ladrillos aún rojos, amontonados por la prisa del turismo, Don Juan se dio de cara con el mar.

La inmensa masa de agua cabrilleaba de puntos dorados como los alamares de un torero, ante el sol tibio y desparramado de la amanecida.

Don Juan caminaba lentamente hacia él, de frente, sereno y sosegado.

—Me voy a presentar —decía— como se debe de presentar un caballero al mar. Purificándome.

Y así se despojó de la chaqueta, de los pantalones, tiró otras prendas y, desnudo, vestido de luz, bronce a la mañana, se adelantó hacia las primeras aguas que cosquilleaban a la arena.

Don Juan proseguía mar adentro, los tobillos bañados, ya el agua palmoteaba las piernas, ya cubriéndole el pecho.

Avanzaba seguro, rehaciéndose al compás de los embates de las olas.

—Mar, soy Don Juan.

Y con los brazos abiertos, en son de paz y abrazo, siguió adentrándose, para darle un largo y definitivo abrazo al mar.

Tiempo

¿Era yo mismo el que vivía
mi juventud indiferente
y una niñez que entre unos ecos
en mi recuerdo se sostiene?

¿Era yo mismo el que vivía
o era otro ser que se me pierde,
tras esa niebla de los días
con su vivir independiente?

Habré gastado muchos años
sin saber cómo ni con quiénes.
Yo no pensaba que pudiera
gastarse tanto inútilmente.
A manos llenas tengo dadas
las alegrías, los placeres...
Nunca pensaba que pudiera
gastarse todo inicuaamente.

Hoy sólo tengo un alma triste
y un corazón que amargo siente
al revolcarse por el cuerpo
como en la tierra la serpiente.
Hoy se me escapan los momentos.
Hoy como ayer, hoy como siempre.
(La eternidad sólo ha nacido
en el camino de la muerte.)

JESUS DELGADO VALHONDO.—Cáceres.
«El año cero». «La esquina y el viento».
«La muerte del momento».
«Aurora, amor, domingo».
«La vara de avellano». «Un árbol solo», etc.



Ciento Volando

Abri la mano
y todo el aire se me hizo pájaros.
Era el día claro
y tenía sonrisa de campo.

Por lo alto
pasaban sueltos rebaños
de corderos blancos
pastoreados despacio.

En el arisco peñasco
no había sombra de milano
y el árbol era todo árbol.

Sentía un temblor casto
de ancho y apretado abrazo
que me abrigaba en el costado

Me humedecía los labios
el verbo raro
de la profecía del salmo:

JOSE CANAL.—Arroyo de la Luz (1979 †).
«Viento amarrado». «El mar cercano».
«Ciento volando»

«En sesión quebró la mano
del Señor las espadas y los arcos».
Pero esto parece un verso ya sin canto.
Ahora se rompe la maravilla de los átomos
para mostrar más rápido,
se hace oro del barro
y nadie quiere ser el buen Samaritano.
Caminé paso a paso
y ante mí se abrían los espacios.
Había margaritas en el prado.
y aromas de piojos en el regato.
Paya mi regalo
me hacían atondras de los pies y de las manos.
Llevaba en el cinturón muy pobre el hato
pero tenía el cielo ancho
y allí más de viento volando.